

guardar el libro y a razonar como de hechos remotos o imposibles.

La tragedia del protagonista de «Y ahora, qué?» (preciosa novela), es de una realidad avasalladora. Sin predisponerse a elaborar un alegato, Hans Fallada ha producido un magnífico documento de actualidad, cuajado de importantísimas sugerencias para todo el mundo,

Es un retrato de la pimpante (para el extranjero), Alemania de hoy. Y tiene este libro la simpatía agradable, tan poco cultivada en estos días, de un amor sencillo y grandioso, sosteniendo la vida en medio de mil complicaciones desagradables.

La Literatura de Mae West

□ La impresión de Mae West, actriz cinematográfica, fué la hallarse con la quinta esencia de la ordinariez, ensalzada y puesta en un trono. El que señala ha visto trescientas Mae West detrás de los mostradores de muchas tabernas españolas, junto a las mesas de zinc de los bares de la Chappelle y en algún cabaret barato de Colón de Panamá. Jamás se le ocurrió pensar en el éxito cinematográfico de ninguna de aquellas mujeres. Los andares, el tono de voz, todo denuncia en Mae West una calidad muy apta para entusiasmar cocheros andaluces y señoritos anémicos de cualquier capital de provincia. Y lo curioso es que la presencia de la jamona en la pantalla ha producido una sensación de triunfo. Los comentarios posteriores a la exhibición del film fueron contradictorios, pero muchos encontraron en la protagonista de «I'm not an angel» una gran actriz, un tipo de suma realidad y de soberano caudal psicológico.

Los que entendían el slang se refocilaban en las conversaciones de la rubia pomposa. Los pseudogringos daban carcajadas de admiración. El que señala sentía nostalgias de Catherine Hepburn, Margaret Sullavan y hasta de esa mediana actriz y espléndida mujer denominada Joan Crawford.

Y ahora llegan algunos libros de Mae West a confirmar en parte y a corregir en otra, la opinión pristina de la vista cinematográfica. «Diamond Lil», «Sex», «The Constant Sinner».

Este último es el más interesante y el que tipifica la escritura de esta señora. Como documento de la vida baja de una ciudad cualquiera de Norteamérica, puede pasar. Nada nuevo, puesto que ya estaban circulando por ahí los espléndidos reportajes de Joseph Kessel, Maurice Van-Moppes y Claude Blanchard y toda la producción gansteriana y boxeril de Jack Bilbo y Charles Burns, para dar una idea exacta y profunda de aquellos fondos complicados.

Pero como novela (tal vez autobiográfica), encierra más de un momento interesante y curioso. Siempre la conversación corriente, la descripción usual, tienden a producir un cansancio difícilmente eludible. Pero las escenas desarrolladas, si no adolecieran de una repetición monótona, serían buenas muestras de un realismo dibujado a trozos pequeños, de estampa de aleluya o fotografía de feria, con cierto sabor picaresco y nativo.

«The Constant Sinner», que ha logrado repetidas ediciones, se llamó en su primera publicación «Babe Gordon», nombre de la protagonista. Para esta reciente edición, deseando Mae West elegir un título sugestivo, propuso a encuesta y concurso entre sus numerosos admiradores desconocidos, un nombre que pudiese figurar en la portada. Entre cuarenta mil respuestas recibidas, el triunfo fué otorgado a «The Constant Sinner». No había mucho que pensar.

En el prólogo dice la autora: «Babe Gordon pertenece a ese raro (?) tipo de mujer que usa su belleza y su atracción sexual como un soldado usa sus armas».

Depende—pensamos al leer—de la cantidad de municiones disponibles y de la mayor capacidad combatiente de los enemigos. Babe Gordon no es ni más ni menos que lo que Don Francisco de Quevedo llamaba a una mujer, para aconsonantar su

terceto con la palabra «astuta». En este sentido, el retrato está perfectamente tomado.

Algunos libros

□ «C», por Maurice Baring, (Albatross), es la vida de un muchacho que, de no haber muerto en edad temprana, hubiera llegado a ser un gran poeta. Marginal, tímido, solitario, sensible, sus primeros contactos con la humanidad están maravillosamente descritos por este minucioso novelista, que usa del «ralentir» para exponer, con un acierto psicológico admirable.

□ «Encore un instant de bonheur», de Montherlant, (Grasset): Poesía variada, en verso y prosa. Todo el libro de una pasión contenida, brillante; de construcción sugestiva; una influencia oriental, mejor dicho, africana, líbica, hace de algunos poemas de este libro una resurrección de notas líricas que parecían olvidadas. Y junto a esto, un son deportivo, gimnástico y aireado del mejor gusto y del más delicioso optimismo.

□ Henri de Monfreid, viajero en un bergantín vagabundo, reúne unas novelas cortas de latitudes lejanas y misteriosa intriga, en su libro «Le Naufrage de la Marietta». (Grasset). buen observador y con una sensibilidad de poeta vibrante, Monfreid ha conseguido en algunas de estas narraciones el exacto sentido de la novela corta y pueden calificarse de obras maestras en su género, «L'Histoire de l'homme maigre» y «La Croix de fer forgé».

□ El autor de «L'Ordre», una de las novelas más valiosas de toda la literatura francesa contemporánea, Marcel Arland, publica en la N. R. F. un libro de cuadros novelescos, escenas breves y certeras de la vida cotidiana, elevadas por una observación finísima y patética a la categoría de una excelente obra de arte. Como indica el título de este nuevo volumen